

JESÚS CAÑADAS

ATHENEA

★ y los elementos ★



edebé

El Ojo de Nefertiti

ATHENEA

★ y los elementos ★

El Ojo de Nefertiti



JESÚS CAÑADAS

edebé

© Jesús Cañadas, 2018
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

© Ilustración: Marina Vidal

© Edición: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño: Book & Look

1.ª edición, octubre 2018

ISBN: 978-84-683-3863-7
Depósito legal: B. 17361-2018
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



ATHENEA

★ **y los elementos** ★

I

El Ojo de Nefertiti



PRÓLOGO



1

Era una noche de tundra. Nubes negras y alargadas como dedos de esfinge ahogaban el resplandor de una luna novata que apenas se atrevía a brillar sobre los restos de la ciudad de Amarna. La excavación que desde hacía meses intentaba desenterrarla bullía de actividad. Aquí y allá, los trabajadores desempolvaban artefactos, trozos de pared y tallas. Sus cepillos despolvados se sacudían a un ritmo frenético.

Por las ruinas se extendía un laberinto de plataformas, escalerillas, quinqués y banderolas que señalaban por dónde era seguro pisar. Asomaban trozos de tejado, muros casi intactos y lo que podían ser calles de la antigua capital del reino del faraón Akenatón. No muy lejos, tras los límites de Amarna, el Nilo corría fuerte y orgulloso con un rumor adormecido.

Varias tiendas de lona verde, grandes como pabellones, se repartían junto a la excavación. De una de ellas brotaban unos terribles rugidos de bestia furiosa que sobresaltaban





ATHENA Y LOS ELEMENTOS

a los camellos que dormitaban junto a los abrevaderos. Sin embargo, ninguno de los excavadores reaccionaba a aquel estruendo. Hacía tiempo que se habían acostumbrado a los ronquidos del profesor Borchardt.

El viento del desierto empezaba a soplar con fuerza. Algo estaba a punto de suceder.

2

De uno de los fosos del sudeste emergió una cabeza morena y cubierta de polvo. Su dueño tironeó de un cordelito sujeto a una complicada estructura de madera. El cordelito ascendía hasta una campanita que tintineó justo sobre la cabeza de un vigilante que dormitaba en el nivel superior. El vigilante se sobresaltó y contempló la campanita como si no supiera de dónde demonios había salido. Cuando se sacudió el sueño, se dio la vuelta y tiró de otro cordelito a su espalda. El segundo cordelito subía por otra estructura de madera hasta el campamento, y terminaba en otra campanilla que empezó a tintinear junto a una mesita vacía sobre la que se desplegabá media partida de naipes.

A pocos pasos de la mesita se abrió la puerta de una letrina. De ella salió corriendo otro vigilante. Corrió hasta la campanita abrochándose los pantalones. Se la quedó mirando hasta que recordó qué tenía que hacer cuando la campanita sonase.

—¡Profesor! ¡Profesor! —gritó, y así dio comienzo esta historia.





—¡Por las pezuñas de Dionisio! —bramó una voz en el interior de la tienda principal.

Un hombre orondo surgió de ella. Iba cubierto con un pijama largo de lino. El borlón blanco de un gorro de dormir le caía sobre una cara de mofletes sonrosados y un bigote cuajado de canas. Un camello junto a la tienda se lo quedó mirando.

—¡Sophie! —añadió el hombre, no el camello—. ¡Despierta, Sophie! ¡Lo hemos encontrado!

El profesor Borchardt, pues así se llamaba, echó a correr. Descendió a trompicones los escalones que llevaban a los fosos. Se descolgó con dificultad por uno de ellos. Las paredes estaban apuntaladas con maderos. Allí, dos excavadores cubiertos de arena se inclinaban sobre un grabado en una pared.

—Yousuf, ¿qué habéis encontrado? —preguntó el profesor en un árabe muy básico.

Yousuf, un egipcio joven con dientes prominentes e irregulares, señaló al grabado.

—Tutmosis —balbuceó—. Tutmosis, escultor.

El segundo excavador, un hombre barbudo llamado Rashid, acercó una antorcha.

—¿Cuántas veces he de deciros que no acerquéis tanto la llama a las tallas? —Borchardt se interrumpió al contemplar el grabado—. Oh.



—Dyehuty-Mose —tradujo Yousuf en voz alta.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—Es el nombre del escultor Tutmosis —dijo Borchardt—. Pásame un cepillo, Yousuf.

Dicho y hecho. El profesor empezó a cepillar la arena de la pared. Debajo del símbolo de Tutmosis apareció otro grabado. Representaba al faraón Akenatón sentado frente a su reina y rodeado de su familia. Un disco solar lanzaba sus rayos de luz sobre ellos. En el lugar donde debería estar el sol no había más que un hueco.

—Lo sabía. —Borchardt miró a izquierda y derecha, el borlón del gorro sacudiéndose como la cola de un lagarto—. Mi chaqueta. ¡Mi chaqueta! ¿Dónde está mi...?

—Aquí.

Alguien bajó al foso de un salto. Se trataba de una mujer apenas entrada en la treintena, de pelo castaño recogido en una coleta y las mejillas cubiertas de pecas. Vestía un atuendo de exploradora, pantalones largos y camisola de lino que combatían el clima de diciembre en el desierto egipcio, a veces sofocante y otras veces helado. Entre las manos sostenía la chaqueta del profesor.

—Me imaginaba que querías ponerte decente por si hacíamos un descubrimiento.

—¿Qué haría yo sin ti, Sophie? —preguntó el profesor, apartándose el borlón de la cara con un soplido que lo hizo caer sobre el moflete contrario.

—Seguramente ir dejando un rastro de moda masculina por donde caminas.

La tal Sophie le tendió la chaqueta. El profesor rebuscó en el bolsillo izquierdo, luego en el derecho, luego en el izquierdo de nuevo. Lo que buscaba estaba en el derecho.





Sacó un objeto envuelto en un paño blanco. Lo desenvolvió. Se trataba de un disco de piedra, cuyas dimensiones correspondían al hueco del grabado.

—¿Es la llave al taller del escultor? —preguntó Sophie.

—Paso a paso, querida, paso a paso. El puzle no se termina...

—... hasta que no se coloca la última pieza —completó Sophie, que ya se sabía de memoria los refranes del profesor.

—Exacto. —Borchardt chasqueó los dedos y volvió su atención al grabado y al disco que tenía en la mano—. No es un mecanismo común. Solo he visto otro así, en Karnak, y desde luego no protegía la entrada a un taller.

El viento arreciaba. Rashid alzó la vista al cielo y señaló.

—*Khamsin* —dijo, y repitió en tono urgente—: *Khamsin*.

—¿Qué sucede? —preguntó Sophie—. ¿Qué le pasa?

—*Khamsin* —intervino Yousuf—. Tormenta desierto. Arena, viento, fuego.

—Malo, muy malo —añadió Rashid—. *Khamsin* cerca. Mejor ir.

—No podemos irnos ahora —zanjó el profesor, aunque el borlón que se empeñaba en caerle sobre el bigote y teparle un ojo le quitó gravedad a sus palabras—. La tenemos muy cerca.

Introdujo el disco en el hueco. Lo giró con cuidado. Sophie se acariciaba la punta de los dedos. Yousuf y Rashid miraban a todas partes, espantados. El viento soplaba cada vez con más fuerza. Se oyó un chasquido. Todos cerraron los ojos, esperando que cualquier calamidad cayese sobre sus cabezas.





ATHENA Y LOS ELEMENTOS

No pasó nada. Borchardt miró a Sophie y se encogió de hombros.

—Quizá no sea la entrada después de todo.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando el suelo cedió justo a los pies de Yousuf. Este braceó, y a punto estuvo de caer por él. Borchardt lo agarró de la chilaba justo cuando perdía el equilibrio. Lo puso a salvo de un tirón.

—Usted salva mí, profesor —masculló el excavador—. Gracias.

—No ha tenido impor...

Y el resto del foso se hundió.

3

Rodaron a toda velocidad por una rampa. Sophie intentó agarrarse a algo, pero sus dedos solo encontraron gravilla. De pronto, frente a ella surgieron varias lanzas afiladas. Unos reflejos salidos de quién sabía dónde la hicieron girar sobre sí misma. Las esquivó por los pelos.

Aterrizó en un suelo duro y polvoriento. El dolor se extendió por todo su cuerpo. Se levantó con dificultad. De puro milagro, solo estaba magullada. Tosió.

Los demás habían caído con mayor o menor fortuna. Rashid no tardó ni un segundo en intentar trepar de vuelta. La pendiente no debía de tener más de una veintena de metros, pero era demasiado empinada. El excavador se resbaló un par de veces y soltó una retahíla de maldiciones en su lengua.





—Deberíamos continuar. —Borchardt se encasquetó el gorro de dormir como si fuera el sombrero del mismísimo Napoleón—. Estamos muy cerca.

Las antorchas no habían caído muy lejos. Las encendieron e inspeccionaron alrededor. Estaban en mitad de un túnel. Las paredes estaban cubiertas por jeroglíficos. Respiraban un aire antiguo y seco.

—Tened mucho cuidado por dónde pisáis —aconsejó el profesor—. El pasado siempre quiere que lo dejen tranquilo. Aquí no somos bienvenidos.

—Amarna, maldita —masculló Rashid—. Muy malo. Maldición. Yo no ir primero.

—No te preocupes, quien irá primero seré yo —respondió el profesor—. Esta excavación la promueve la Sociedad Alemana para el Estudio de Oriente. Como su responsable, me corresponde a mí enfrentarme a cualquier peligro que encontremos.

Avanzaron con cuidado. El túnel se estrechaba cada vez más. Los jeroglíficos se espesaban como ramas en un bosque. El profesor Borchardt abría la marcha. Sophie lo seguía. Yousuf y Rashid iban detrás. La luz de las antorchas movía las sombras a su alrededor como si fueran serpientes. Sobre sus cabezas, a través de metros y metros de piedra, se oía el rugido de la tormenta. *Khamsin*, la había llamado Yousuf. La tormenta del desierto.

—Esto es algo más que el taller de un artesano. —Borchardt recorrió las paredes con el resplandor de la antorcha—. Más bien parece una tumba. Está protegida con trampas. Estos jeroglíficos invocan la protección del agua, el fuego y la tierra.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

Sophie cruzó una mirada con el profesor.

—Ya sabes que lo que significa es... ¡No, Rashid!

Tarde. El grito de Sophie no impidió que Rashid tocara uno de los jeroglíficos. El excavador dio un respingo. El jeroglífico que apenas había rozado se hundió en el muro. Todos se lo quedaron mirando.

—Eso es malo, ¿verdad? —murmuró Sophie.

La interrumpió un rumor repentino. Se giraron. Venía de su espalda. Y crecía. Crecía. CRECÍA.

—Muy malo —dijo Borchardt.

Una tromba de agua sucia y furiosa apareció por el extremo del pasillo. Sacudía los muros y se arremolinaba, avanzando en su dirección. Pero lo peor fue ver lo que se agitaba en ella, saltando arriba y abajo ante el olor de la carne fresca.

Pirañas.

—Corred. —Borchardt retrocedió—. Corred. ¡Corred!

Yousuf y Rashid no necesitaron traducción. Giraron sobre sus talones y salieron por piernas tan rápido como pudieron. Sophie agarró al profesor Borchardt de un brazo y los imitó. La tromba se abalanzaba sobre ellos con la velocidad de un depredador. Las pirañas castañeteaban sus fauces en el aire, saltaban, caían al suelo y volvían a ser arrastradas por el agua. Estaba casi encima de ellos.

Sophie fue la primera en verlo. Pocos metros más adelante se abrió un agujero en el suelo. Un pozo de al menos dos metros de largo.

—¡Saltad! —gritó por encima del estruendo del agua.

Una de las pirañas decidió obedecer su orden y saltó hacia delante. Una fauces diminutas y afiladas le acariciaron la cara.





—¡Déjame, Sophie, sálvate tú! —suplicó Borchardt.

—¡Y un cuerno!

El agua ya les salpicaba los talones. El pozo estaba a menos de tres pasos. Fueron los tres pasos en los que Sophie afianzó al profesor en su abrazo, tomó impulso y saltó justo en el borde.

Cayeron al otro lado con medio cuerpo fuera. Sophie se retrepó como un gato y agarró a Borchardt, que ya se deslizaba hacia abajo. Las manos de Rashid aparecieron junto a ella y tiraron de los brazos del profesor. Entre los dos lo subieron, mientras la tromba de agua se precipitaba por el pozo con la fuerza de una avalancha. Una de las pirañas voladoras saltó directa a la cara de Borchardt. El profesor dio un gritito y se agachó en el último instante. La piraña terminó en el suelo, mordisqueando el borlón de su gorro de dormir. Yousuf la devolvió de una patada al foso. Ahora estaba lleno de agua y pirañas. Los cuatro lo contemplaron en silencio.

—Ir, por favor. Volver —pidió de nuevo Rashid. El miedo le había quitado brusquedad a sus palabras.

—Volved vosotros —sugirió Borchardt—. Yo continuaré solo.

—Ni hablar —dijo Sophie.

Yousuf puso la mano en el hombro de Rashid y le dijo algo en árabe. Rashid soltó todo el aire por la nariz. Miró hacia atrás, pero la idea de regresar solo no era nada atractiva. Siguieron adelante. El pasillo terminaba en una abertura por la que únicamente se veía oscuridad. Un laberinto de jeroglíficos se apretujaba a su alrededor.

—«La bella ha llegado» —leyó Borchardt, e intercambió una mirada con Sophie.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—Es aquí, ¿verdad? —dijo ella—. La hemos encontrado.
Borchardt asintió.

Entraron.

4

La cámara era de reducidas dimensiones, apenas lo bastante grande para que cupieran los cuatro. Borchardt se sobresaltó: había alguien dentro. Entonces se dio cuenta de que no era una persona, sino una escultura. En el centro de la cámara se levantaba un pedestal sobre el que descansaba la efigie tallada de una mujer.

—«La bella ha llegado» —repitió.

Yousuf pronunció el equivalente en egipcio antiguo:

—Nefertiti.

Los cuatro contemplaron el rostro de Nefertiti, la emperatriz de Amarna, la esposa del faraón Akenatón, que fue la mujer más poderosa de la tierra. Su belleza era de otro mundo.

—Nunca imaginé que fuera tan hermosa —susurró Sophie.

—Ni siquiera Helena de Troya se puede comparar —masculló Borchardt—. Pero no te dejes engañar por su hermosura. Es muy peligr... ¡Sophie!

Ella ya avanzaba hacia la efigie de Nefertiti. El profesor intentó agarrarla, pero no se atrevió a dar ni un paso. Quién sabía qué otras trampas habría allí dentro.

Sophie se detuvo delante del busto de Nefertiti. Las dos, estatua y mujer, exploradora y tesoro, frente a frente. La poca luz remarcaba sus facciones estilizadas y simétricas.





«No, un momento», se dijo Borchardt. Sus facciones no eran simétricas.

Su ojo. Su ojo izquierdo.

Sucedió todo muy rápido. En un instante estaban envueltos en la calma recogida de la cámara y, al siguiente, una tormenta estalló a su alrededor. Los muros se sacudieron con un sonido atronador. Ráfagas de un viento caliente retorcieron las llamas de las antorchas. Borchardt, Yousuf y Rashid se cubrieron los oídos. Sophie seguía de pie ante Nefertiti.

—¡*Khamsin!*— chillaba Yousuf—. ¡*Khamsin!*

El viento era tan fuerte que empezó a separar a Borchardt del suelo. La arena le golpeó la cara como un látigo y lo cegó. Una ráfaga lo elevó por los aires y lo lanzó al otro lado de la cámara. Golpeó la pared y cayó al suelo. Puso toda su voluntad en levantarse. Se apartó como pudo la arena de la cara.

Y cuando abrió los ojos, soltó un grito con todas sus fuerzas.





UNO

UN CABALLERO PRUSIANO



1

Mehdi Firat conoció a Thea von Hammerstein una tarde de primeros de enero de 1913, mientras un huracán se acercaba a Berlín con las perversas intenciones que suelen tener todos los huracanes. En principio los dos hechos, el encuentro entre Thea y Mehdi y la inminente llegada del huracán, no tenían la menor relación. Sin embargo, los acontecimientos que estaban a punto de vivir se encargarían de demostrar lo contrario.

Mehdi y su madre llegaron a Berlín en tren. Los recogió un coche motorizado en la misma puerta de la Estación Anhalter. Una nieve recién caída se apelotonaba en los escalones, en las aceras y en las botas de los viajeros. El aire era un concierto de alientos blancos. Poca gente se miraba a los ojos; hacía demasiado frío para apartar la vista de los propios asuntos. Copos del tamaño de bellotas descendían sin prisa de un cielo color calavera.

—¡Extra! ¡Extra! —gritaba un chico al tiempo que agitaba en el aire la edición de tarde del *Allgemeine Zeitung*—.





¡Borrasca sin precedentes en Brandenburgo! ¡Varias granjas destruidas por el temporal! ¡Extra! ¡Extra!

Se acomodaron en el asiento trasero del coche. Este avanzó por la avenida Kurfürstendamm, en el mismo corazón de la ciudad. Mehdi apretaba su maletín de cuero contra el pecho. Veía con desconfianza aquella ciudad espolvoreada de nácar con sus habitantes metidos a presión en abrigos negros de pelliza como cucarachas. Aunque Mehdi había nacido en Prusia, algo en su sangre otomana clamaba a Alá por un tiempo menos duro, o al menos por un par de colores más allá del negro grillo, el blanco merengue y el gris paloma sucia. Se acomodó con desgana en el asiento. No le apetecía nada tener que mudarse otra vez, pero por supuesto tenía que ir allá donde requirieran los servicios como institutriz de su madre.

—Mehmet —dijo esta, sentada a su lado—. Recuerda lo que hemos hablado. Tienes que comportarte como un caballero.

—Sí, madre. —Como si le dejase comportarse de otra manera.

—No he terminado, Mehmet. No me interrumpas. —Mehdi cerró la boca—. El señor von Hammerstein nos ayudó muchísimo cuando tu padre y yo llegamos a Prusia. Ahora necesita nuestra ayuda y se la vamos a prestar sin condiciones. Durante el tiempo que pasemos en su casa, te comportarás como un caballero prusiano. ¿Y cómo se comporta un caballero prusiano?

Mehdi esperó.

—Puedes responder ahora, Mehmet.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—Un caballero se comporta con lealtad —recitó Mehdi de memoria—; nunca abandona a sus amigos. Un caballero se comporta con tesón; no se rinde en su empeño. Un caballero se comporta con modales; siempre guarda las formas.

—Y por supuesto —añadió cuando Mehdi ya empezaba a distraerse—, nada de inventos. No quiero explosiones ni terremotos artificiales en casa de los von Hammerstein.

—Sí, madre.

—¿Sí, madre, qué?

—Sí, madre. O sea, no, madre. Sí tiene usted razón y no, nada de inventos.

Su madre dejó escapar un murmullo satisfecho.

A través de la ventana, Berlín era un borrón blancuzco. El coche giró y se encaminó hacia el barrio de Charlottenburg. Atardecía. Tonos de una oscuridad hecha a medida se iban apoderando de la ciudad. Las chimeneas de unas fábricas lejanas extendían dedos de humo negro hacia el cielo. Las avenidas debían de resplandecer de verde en primavera, pero ahora estaban flanqueadas por árboles con ramas secas como uñas de bruja.

—¿Queda mucho? —preguntó la madre de Mehdi al conductor en un alemán cubierto por una sombra de acento.

—Estamos ahí mismo, señora.

Se detuvieron delante de la casa en la Schustehrusstraße, a menos de un kilómetro del palacio que daba nombre al barrio de Charlottenburg. No había un alma en la calle; el invierno y el ocaso se habían conchabado para adueñarse del mundo. Los edificios eran recargados y severos. «Como los propios alemanes», pensó Mehdi.





—¿Vamos a pasar mucho tiempo aquí? —preguntó.

—¿Qué hemos hablado de la curiosidad, Mehmet?

—Un caballero prusiano no cede a la curiosidad —recitó él de memoria—. Un caballero prusiano les da la bienvenida a las respuestas cuando llegan; nunca antes.

—Exacto. Tu padre era un caballero y tú también lo eres, Mehmet. No lo olvides nunca.

—No, madre.

—Y nada de inventos.

Su madre se bajó sin esperar respuesta. Mehdi respiró hondo y limpió con la manga la capa brumosa que el vaho había pintado en la ventanilla del coche. A través de ella vio una casa de tres plantas medio enterrada por una capa de nieve. Apenas un par de luces vacilantes se insinuaban en las ventanas del primer piso.

La puerta de la casa se abrió. Apareció un hombre barbudo bajo el dintel. «Un hombre viejo», decidió Mehdi al verlo de lejos. Al menos treinta años.

—Vamos, Mehmet, no te retrases.

Mehdi bajó del coche. Era un chico espigado y demasiado alto para sus doce años de edad. Su piel oscura apenas había perdido color a pesar de no haber visto el sol en semanas. Un impecable traje verde musgo componía a la perfección su figura de joven caballero prusiano. Solo desentonaba el sombrero fez rojo que descansaba sobre su cabeza.

El suspiro que lanzó al contemplar la casa se cristalizó al instante. En ese momento se dio cuenta de que alguien los observaba desde una de las ventanas del segundo piso. Quienquiera que fuera desapareció en cuanto la mirada de





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

Mehdi cayó sobre él. Se preguntó quién sería, y al instante se obligó a apartar el pensamiento. Un caballero..., bueno, ya se lo sabía de memoria.

Su madre se arrebujó en la gruesa cobija de piel de oveja que cubría sus hombros y echó a andar a través de la cancela hacia la puerta de entrada. Su pelo negro compuesto en una larga trenza se agitaba tras ella como la cola de un animal elegante y silencioso. Mehdi la siguió.

El hombre que aguardaba en la puerta de la mansión era delgado y de cabello castaño. Tenía el tipo de barba cuidada que Mehdi desearía llevar algún día, y no aquella patética sombra de bigotito que ahora asomaba a las comisuras de sus labios. El hombre descorrió el cerrojo con una sonrisa y alargó la mano. La madre de Mehdi la rodeó con las suyas. Se dieron un breve apretón.

—Bienvenida, Eylem —saludó con tono acogedor—. Es un placer volver a verte.

—Me alegro de comprobar que el tiempo no ha pasado por ti, Rudi. Este es mi hijo, Mehmet. Mehmet, saluda al señor Rudolf von Hammerstein. Viviremos en su casa durante los próximos meses.

—Tanto gusto en conocerle. —Mehdi le estrechó la mano al tiempo que levantaba el sombrero feo un tanto desgastado que tocaba su mata de pelo negro y rebelde.

—Encantado, Mehmet. Puedes llamarme Rudi. En realidad ya nos conocemos, pero eras demasiado pequeño para acordarte. —Mehdi no supo muy bien qué contestar a eso—. Puedes dejar tu equipaje en la entrada; *Frau* Lutterjohann se encargará de llevarlo a tu habitación.





Mehdi afianzó el maletín de cuero contra su pecho.

—Está bien así, gracias.

—Como gustes. —El señor von Hammerstein asintió—. ¿Qué te parece si le echas un ojo a la biblioteca mientras tu madre y yo conversamos un rato? Así conocerás a mi hija. Será tu compañera de estudios.

—Como usted diga.

—Sube por la escalera principal hasta la segunda planta. Tercera puerta a la izquierda.

Mehdi echó un vistazo al interior. En el recibidor de la casa podría haber vivido una familia entera. Los techos eran altos y estaban atravesados por gruesas vigas de madera. Una interminable alfombra de diseño intrincado recorría el suelo. Las paredes estaban recubiertas de cenefas, estampados y soportes para candelabros. Junto a la entrada, una vitrina de roble albergaba una multitud de trofeos de las disciplinas más variadas, desde ajedrez hasta esgrima, pasando por astronomía o petanca. En mitad del recibidor, una imponente escalera de mármol ascendía hasta el primer piso y se dividía en dos.

—Por cierto, Mehmet —dijo el señor von Hammerstein, y Mehdi salió de su ensimismamiento—. Mi hija es un poco... peculiar. Su comportamiento a veces es de lo más inapropiado. No se lo tengas en cuenta.

Mehdi quiso preguntar qué quería decir, pero una mirada de su madre le recordó la actitud que un caballero prusiano debía mantener con respecto a la curiosidad.





2

Mehdi subió al segundo piso. Una, dos..., tercera puerta. Se detuvo frente a la pesada hoja que debía de ser la entrada a la biblioteca. Intentó escuchar al otro lado, aprovechando que su madre no estaba cerca. Ni un sonido.

Entró. La biblioteca era impresionante, de eso no había duda. Ocupaba dos plantas juntas; debían de haber eliminado el suelo que separaba el segundo y tercer piso y construido una sola estancia. Las estanterías se amontonaban por todas las paredes, atiborradas de volúmenes y compendios, excepto en un tramo, donde resaltaba el hueco que antes debía de haber ocupado un cuadro de grandes dimensiones.

Mehdi sintió un apunte de emoción. Tantas y tantas historias contenidas allí dentro.

En el centro de la biblioteca había dos pupitres gemelos frente a un escritorio de aspecto aparatoso y una pizarra aún por estrenar. Lo que no había era rastro de persona alguna.

O eso pensaba él, hasta que una voz dijo:

—¿Tú quién eres?

El corazón le dio un vuelco. ¿Había fantasmas allí dentro? Se abrazó con más fuerza al maletín de cuero y miró a un lado y a otro.

—Aquí —la voz reverberaba por todas partes, pero no se veía a nadie—. Aquí arriba.

Mehdi alzó la vista y la vio. Sus ojos se desorbitaron. De lo alto de unas estanterías, a más de tres metros de altura, colgaba una chica. Debía de rondar su misma edad. Era de





estatura baja y formas redondeadas. Una maraña de rizos pelirrojos caía más allá de sus hombros y se balanceaba en el aire. Pero lo más llamativo era la venda que cubría sus ojos.

—¿Q-qué haces ahí arriba? —balbuceó Mehdi—. ¿Pasa algo aquí abajo? ¿Hay algo peligroso? Por eso estás ahí arriba, ¿no? ¿Es una araña? Es una araña, ¿verdad? Son muchas arañas.

La chica volvió hacia él un rostro de mejillas sonrosadas salpicadas de pecas.

—¿Cómo va a haber algo peligroso aquí? —replicó cuando Mehdi ya se disponía a subirse a un pupitre—. Esto es una biblioteca.

—Entonces, ¿por qué estás ahí encaramada?

—No estoy encaramada, tontaina. Estoy escalan... ¡Rayos!

La chica perdió agarre. Sus brazos se agitaron en el aire en un agónico momento, y cayó de espaldas. Mehdi reaccionó sin pensar. Dejó caer el maletín e intentó agarrarla. No lo consiguió, y el resultado fue que su propio cuerpo amortiguó la caída. Los dos acabaron despatarrados por el suelo.

—¿Es que no sabes atrapar a alguien en el aire? —protestó ella, quitándose la venda—. ¿Cómo eres tan torpe?

—Pero, pero... ¡si te has caído tú! ¿Cómo eres tú tan torpe?

—¡Yo no soy torpe! ¡A veces la gente se tropieza, eso es todo!

La discusión se cortó en cuanto ambos comprobaron que el vestido de la chica se le había subido hasta la cintura y sus enaguas lucían al aire. Se separaron de un salto. Ella se levantó y se recompuso en un santiamén.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—No soporto llevar vestido —confesó—. Son de lo más incómodo para escalar.

—Estabas escalando. —Ella asintió—. En una biblioteca. —Ella asintió—. Dentro de una casa. —Ella asintió—. Con los ojos vendados. —Ella asintió—. Pero, ¿por qué?

—Alexander von Humboldt aprovechaba cualquier oportunidad para escalar —explicó ella como si fuera obvio—. Aunque a él no le obligaban a ponerse estas cosas que quitan la respiración y no te dejan mover las piernas. ¿Tú sabes quién era Alexander von Humboldt?

—¿Un explorador prusiano?

—¿El mayor explorador prusiano de todos los tiempos! —exclamó, abriendo los brazos—. Recorrió el mundo entero, midió montañas, atravesó ríos, descubrió tesoros, contrajo mil enfermedades y se curó de todas. ¿No te parece emocionante?

—Pues no, la verdad.

—Mi padre también es explorador —dijo ella en tono molesto—. Es el mejor explorador y arqueólogo de Prusia. Rudolf von Hammerstein, ¿a que has oído hablar de él?

Mehdi negó con la cabeza.

—Lo siento.

Ella arrugó la nariz en un mohín contrariado.

—Y todavía no me has dicho quién eres.

Mehdi recogió el maletín y volvió a colocarlo en su posición acostumbrada.

—Mi nombre es Mehmet Mohammed-el-Mehdi Firat. Mi madre va a ser tu institutriz. Yo la acompaño. Parece que vamos a estudiar juntos.





—¿Estudiar? —Lo miró de arriba abajo—. Pero si tú eres más viejo que yo.

—Tengo doce años —dijo con un apunte de coquetería involuntaria. Era la primera vez en su vida que alguien lo llamaba viejo.

—Pues eso. Y yo, once. Además, estudiar es una pérdida de tiempo. Qué pérdida de tiempo.

La chica giró sobre sus talones y se acercó a los ventanales sin esperar a ver si él la seguía. Mehdi no tuvo más remedio que hacerlo.

—Mira ahí fuera, el mundo entero está esperando a que lo descubramos. ¿Cómo vamos a malgastar nuestras vidas leyendo libros?

—Los libros son maravillosos —replicó él.

—No son un buen agarre para escalar.

—No están hechos para que escales, sino para que los leas. No deberías escalar en bibliotecas.

—¿Y dónde voy a escalar si no? —Sin esperar siquiera una respuesta, intentó echar mano del sombrero de Mehdi—. Me gusta mucho tu sombrero, aunque esté todo viejo. ¿De dónde lo has sacado?

—Se llama sombrero fez. —Mehdi se echó hacia atrás—. Lo lleva mucha gente.

—Aquí no, desde luego. ¿Tú de dónde eres?

—Nací aquí. Soy un caballero prusiano.

Mehdi se temía que empezase la sólita conversación que había tenido mil veces a lo largo de su vida. «No, yo nací aquí, pero mis padres son otomanos. Sí, otomanos. Sí, tuvimos que huir de allí por el conflicto de Erzurum. No, yo soy prusiano.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

Prusiano y otomano, las dos cosas. Sí, se pueden ser las dos cosas a la vez. Llevo el fez porque quiero. Porque mi padre lo llevaba. No, mi padre murió. Sí, me molesta quitármelo»...

Mehdi se preparó para tener toda esa conversación.

La chica dijo:

—Te queda muy bien.

Y eso fue todo. Mehdi sacudió la cabeza. Algo cambió entre ellos, pero ninguno de los dos supo ponerle nombre.

—¿Por qué no estás en un colegio? —preguntó él para llenar el silencio—. ¿Estás enferma?

Se arrepintió al instante de haber hecho esa pregunta. Ella arrugó la cara. Las pecas que salpicaban sus mejillas se movieron como arrastradas por una marea temprana.

—Me han expulsado del internado. Por lo visto descubrir un cargamento de especias de contrabando en los barriles de manzanas que llegaban desde Hamburgo es un comportamiento impropio de una dama. —Se limpió la mano en la falda y se la tendió—. Me llamo Athenea. Athenea von Hammerstein. Pero puedes llamarme Thea.

—Tú puedes llamarme Mehdi. —Fue a besarle la mano, pero ella la estrechó con fuerza—. ¿Por qué saludas como un chico?

—Saludo como quiero. —Se debió de fijar en que Mehdi miraba de reojo el hueco en la pared de la biblioteca, porque dijo—: Tú eres muy curioso, ¿verdad?

—¿Yo? —saltó como si lo estuviera acusando—. Yo no. Jamás.

—Te estás preguntando qué había antes en el hueco de la pared.





Mehdi negó con fuerza. Sospechaba que si le decía la verdad, aquella chica impertinente se lo contaría a su madre.

—Antes había un cuadro de mi abuela, o eso me dice mi padre. Lo quitaron porque no se llevaban bien. Mi abuela y mi padre, digo.

—Oh.

La sombra de una sonrisa pícaro curvó los labios de la chica.

—Ahora te estás preguntando por qué no se llevaban bien. Tienes madera de detective.

—No —dijo él, casi ofendido—. Tengo madera de inventor. Es lo que soy. Inventor.

Mehdi bajó la voz al instante. Si su madre andaba cerca y lo escuchaba se iba a llevar un correctivo. Thea, en cambio, no reaccionó como él pensaba.

—¡Anda! —Su sonrisa se ensanchó—. ¡Qué emocionante! ¿Y qué inventas?

Él se encogió de hombros. Era la primera vez que alguien le tomaba en serio cuando decía que quería ser inventor.

—Cosas.

—¿Cosas para escalar?

Él lo consideró un segundo.

—Sí, claro, puede ser. Solo hay que identificar una necesidad...

La chica pelirroja saltó a otra línea de pensamiento al instante.

—¡Oye! —Mehdi se sobresaltó—. ¿Quieres hacer un muñeco de nieve en el jardín?





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

Tras las ventanas, las sombras se alargaban. Pronto habría oscurecido del todo.

—Pues la verdad es que no —dijo con franqueza.

—¡Vamos!

Thea lo agarró por la corbata del traje y tironeó de él hacia fuera.

Mehdi suspiró y se dejó llevar.

3

En el jardín trasero de la casa podría haber acampado un ejército entero, aunque los soldados se habrían congelado las posaderas. Un manto blanco lo cubría todo. El jardín estaba salpicado por lo que parecían arces en pleno sueño invernal, capas y más capas de nieve acumuladas sobre sus ramas. De uno de los árboles colgaba un columpio que podría ser centenario. Quizá había otros tesoros enterrados debajo de aquella alfombra helada, pero desde luego Mehdi no tenía el menor interés en descubrirlos.

Thea ya estaba amontonando nieve en mitad del jardín.

—¿Quieres hacer el favor de dejar el maletín? Nadie te lo va a quitar.

Mehdi lo apretó aún más fuerte contra su pecho.

—Prefiero tenerlo conmigo.

—¿Y qué llevas dentro?

El frío y la piel oscura de Mehdi impidieron que se notase la sangre que se agolpó al instante en sus mejillas.

—Muchas cosas.





—¿Muchas cosas como qué?

—Como mi posesión más preciada.

—Pues muy bien. —Ella se encogió de hombros—. ¡Ven-ga, ven a ayudarme!

Mehdi echó un vistazo a la casa a su espalda. La luz es-taba encendida en una de las habitaciones. Las siluetas de su madre y el padre de Thea se recortaban contra la ven-tana. Parecían estar teniendo una conversación muy seria. El hombre hablaba y su madre asentía. No les prestaban la menor atención. Mehdi suspiró. Dejó el maletín a un lado y empezó a amontonar nieve junto a Thea.

—No me gusta el frío —comentó, tembloroso.

—Ya me he dado cuenta. Pero verás qué bien queda. Le pondremos una pipa y un boniato como nariz. A lo mejor podemos ponerle tu sombrero en la cabeza. —Su sonrisa se borró cuando vio la expresión horrorizada de Mehdi—. Es una broma.

—No me ha hecho gracia.

En ese momento, algo le impactó en plena cara. Una hu-medad y un frío asesinos resbalaron por su rostro y el cuello del traje. Alguien le había lanzado una bola de nieve.

—¡Eh! —Thea se levantó de un salto.

—¿Qué haces, Pelopanoja? —preguntó una voz agu-da—. ¿Te has buscado un *sherpa* para que cargue con tus enaguas sucias?

Mehdi se sacudió la nieve. En mitad del jardín, junto al columpio, habían aparecido tres chicos rubios embutidos en gabanes oscuros abotonados hasta la barbilla. El menor debía de tener unos ocho años, mientras que el mayor podía





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

estar ya en los quince. El parecido entre ellos era innegable; la misma nariz ganchuda, la misma tez casi albina, la misma mueca de desprecio en sus finos labios. El mayor de los tres era quien había lanzado la bola de nieve.

—Los hermanos Lovrinovic —murmuró Thea sin ocultar su disgusto—. Norbert, Robert y Albert. Sois una desgracia de vecinos. Largaos de aquí, este es mi jardín.

—Los Lovrinovic vamos donde queremos, Pelopanoja —contestó Norbert, el mayor, que ya se agachaba a hacer otra bola de nieve—. Si se lo pedimos a nuestro padre, os compra la casa y os pone de patitas en la calle. A ti, a tus padres y a tu esclavo moro.

No era la primera vez que Mehdi oía semejantes términos para referirse a él. Ni mucho menos. Ser de ascendencia otomana en Prusia no era pan comido. Sin embargo, aquella vez le dolió más de lo que acostumbraba. Pero seguro que no era porque aquella chica pelirroja estuviera delante. Seguro que no.

—Vámonos dentro, Thea —pidió, afianzando el maletín de cuero en la mano—. Da igual. Ya haremos el muñeco otro día.

—Ni hablar —dijo ella, y alzó la voz—. Mehdi no es un esclavo, panda de cebollinos.

Esta vez fue Albert, el menor de los Lovrinovic, el que lanzó la bola. Le acertó a Mehdi en el pecho. Pegotes blancos cayeron sobre sus pantalones y zapatos. Los tres Lovrinovic estallaron en risas de hiena. Mehdi bajó la vista.

—Vámonos, Thea, por favor.

—Se van a enterar. —Thea fue hasta ellos. Se plantó delante de Norbert y alzó los puños—. Métete conmigo si tienes agallas.





Norbert Lovrinovic soltó un ladrido.

—Tengo agallas para meterme contigo y veinte como tú, pero no voy a hacerlo. No pego a mujeres. —Adelantó el mentón—. Venga, valiente, pégame si quieres. Dame tan fuerte como puedas. Apuesto a que pegas como una chica.

Thea boqueó, sin saber qué decir. Los otros dos hermanos volvieron a prorrumpir en risotadas animales. Se daban codazos y se doblaban sobre sí mismos. Robert Lovrinovic se apoyó en el árbol para no caerse de la risa. El aire salió de los pulmones de Thea en una vaharada blanca. Bajó los puños.

Norbert le mostró media sonrisa.

—¿No te atreves? Ya me lo imaginaba. Ahora permíteme que te enseñe modales. Para la próxima vez que se te ocurra alzarle la voz a un hombre.

Le dio un soberano empujón. Ella retrocedió por el impulso y cayó de espaldas sobre la nieve. De nuevo los tres hermanos estallaron en risas altisonantes. Albert se apoyó en la cuerda del columpio, secándose las lágrimas.

—Mira que eres torpe —dijo Norbert.

—Yo no soy torpe —empezó Thea, la voz hecha un nudo y una humedad extraña en los ojos.

—Dejadla ahora mismo.

Los Lovrinovic alzaron la vista. El maletín de cuero descansaba a los pies de Mehdi, abierto. El chico sostenía un aparato en las manos. Parecía un tirachinas, pero la goma se estiraba con un complicado sistema de tuercas y rieles a través de una palanquita en la base. Ahora estaba estirada del todo, y Mehdi sujetaba una compacta bola de nieve en el extremo. Apuntaba a los Lovrinovic con un ojo cerrado.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—¿Quién te has creído que eres, moreno? ¿Guillermo Tell? —preguntó Norbert. Luego les dijo a sus hermanos—: ¡Freídlo a bolazos!

Mehdi vio cómo los otros dos Lovrinovic se agachaban para amontonar nieve en sendas bolas. Lentos, muy lentos. Él ya tenía el tirachinas preparado. Se tomó un instante para apuntar. Accionó una palanquita en la base y la goma se soltó.

La bola de nieve voló por encima de las cabezas de los tres hermanos.

—¡Ja! —gritó Norbert—. ¡Eres un...!

No dijo nada más. La bola de nieve voló por encima de sus cabezas, sí. Y se estrelló contra las ramas superiores del árbol del que colgaba el columpio.

La nieve se sacudió en las ramas más altas y cayó sobre las de abajo. Estas no fueron capaces de soportar su peso y descargaron más nieve sobre las ramas inferiores. En menos de un segundo, pareció que el árbol entero se sacudía. Y una auténtica avalancha cayó sobre los Lovrinovic. Los tres desaparecieron en un borrón blanco y helado.

—¡Corre, Thea! —Mehdi cerró el maletín y salió por piernas hacia la casa.

Thea se levantó de un salto y echó a correr tras él. Cuando miraron hacia atrás, la nieve cubría a los tres estupefactos Lovrinovic de la cabeza a los pies.

Thea hizo embudo con las manos para gritar:

—¡Eso os pasa por meteros con un caballero prusiano!

La mandíbula de Norbert temblaba, y no era de frío. Estaba enterrado en nieve hasta las rodillas.





—Me las vas a pagar, Pelopanoja —susurró, y soltó un estornudo tan fuerte que perdió el equilibrio y cayó sentado sobre la nieve.

Su hermano Robert soltó una risita. Norbert lo asesinó con la mirada.

4

Cerraron tras de sí la puerta del balcón trasero. Mehdi le mostró a Thea su sonrisa más encantadora. Enarboló el tirachinas delante de ella como si de un trofeo se tratase.

—Lo he diseñado yo. Lo llamo el Proyectilador —dijo, y se preparó para añadir un «No hace falta que me des las gracias».

Ella le dio un empujón.

—¿Quién te crees que eres para ir jugando a Sir Lancelot? «Dejadla ahora mismo» —lo imitó con voz afectada—. ¡Yo sola podía con los tres!

A él se le encogió el estómago.

—Solo quería ayudar.

—¡Pues no ayudes! ¡No me hace falta que me ayuden! ¡No pego como una chica! ¡Y me he caído porque la gente a veces se tropieza!

Mehdi arrugó el ceño.

—¿Sí? Pues parece que tú te tropiezas mucho.

—Sí, porque tú lo digas.

Él volvió a apretar el maletín contra el pecho.

—Me voy a mi habitación.

Echó a andar pasillo abajo.

—Por ahí no es —dijo Thea, enfurruñada.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—Me da igual —contestó Mehdi en voz alta, caminando muy digno por el pasillo—. Ya la encontraré.

Thea se quedó allí, junto a la ventana, los brazos cruzados y un mohín de disgusto en el rostro pecoso. El corazón le latía con fuerza. Debía de ser por la carrera hasta la casa.

—Valiente niño engreído —murmuró.

—Valiente niña engreída —murmuró Mehdi en cuanto dobló la esquina.

Todavía tenía la respiración agitada.

Debía de ser por la carrera hasta la casa.

